

# SILLARES

Revista de Estudios Históricos



En memoria de  
Manuel Ceballos Ramírez



UANL

  
**CENTRO DE  
ESTUDIOS  
HUMANÍSTICOS**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE  
NUEVO LEÓN

volumen II  
número 3  
julio-diciembre 2022  
issn: 2683-3239

# Sillares

Revista de Estudios Históricos

<http://sillares.uanl.mx/>

**Rafael Rojas. *El árbol de las revoluciones. Ideas y poder en América Latina.* México: Turner, 2021, 302 pp. ISBN 9788418895029**

Jaime Ortega

UAM-Xochimilco, Coyoacán, México

[orcid.org/0000-0002-8582-1216](https://orcid.org/0000-0002-8582-1216)

Recibido: 1 de mayo de 2022

Aceptado: 1 de julio de 2022

**Editor:** José Eugenio Lazo Freymann. Universidad Autónoma de Nuevo León, Centro de Estudios Humanísticos, Monterrey, Nuevo León, México.

**Copyright:** © 2022, Ortega, Jaime. This is an open-access article distributed under the terms of Creative Commons Attribution License [CC BY 4.0], which permits unrestricted use, distribution, and reproduction in any medium, provided the original author and source are credited.



**DOI:** <https://doi.org/10.29105/sillares2.3-46>

Rafael Rojas. *El árbol de las revoluciones. Ideas y poder en América Latina*. México: Turner, 2021, 302 pp.  
ISBN: 978-84-18895-02-9.

En 1938 se fundó en la Ciudad de México el Partido de la Revolución Mexicana, iniciativa surgida durante el gobierno de Lázaro Cárdenas y que tuvo una resonancia positiva entre los comunistas mexicanos. En *El Machete*, legendario periódico del Partido Comunista Mexicano en esa época, se representaba el nacimiento de la organización con un árbol. Sus ramas eran las distintas corporaciones que lo integraban. Deseosos de integrarse en esa experiencia, a la que leían como la forma específica del frente popular, los comunistas entregaban una representación que Rafael Rojas, académico del Colegio de México, utiliza para nombrar su estudio más reciente. Y es que, el árbol sirve como una metáfora muy adecuada para exteriorizar el devenir de las ideas revolucionarias. Como en la vida natural, los árboles se secan o florecen; son arrancados por la fuerza o vencidos por su propio peso, son arrinconados por la humanización del espacio o irrumpen en la cotidianidad del espacio sin que se les controle; todo eso les pasa a las revoluciones. Además, claro, de que el marcador de la temporalidad de lo político marca su derrotero: la primavera es su momento de belleza, crecimiento y esplendor,

en tanto que el invierno su periodo de marchitamiento, depresión y tristeza. El árbol, como las revoluciones, conlleva afectos profundos de la vitalidad humana.

En un párrafo de *El árbol de las revoluciones* escribe Rojas que la revolución “es la materia prima de la política latinoamericana”, sentenciando con ello el alcance de su trabajo. De tal manera, si Europa fue la “cuna de revoluciones” durante el largo siglo XIX, en el corto y fulgurante siglo XX, el continente latinoamericano ocuparía ese lugar. La aspiración y deseo de un cambio radical fecundaría, dejando hondas raíces en la vida de los pueblos y sociedades, ya fuera por los intentos frustrados, ya por las ansiadas victorias. El libro de Rojas demuestra que este espacio socio-político vivió con alta intensidad una aceleración de su desarrollo ante la presencia de las ideas variadas de revolución. Éstas operaron como motor que movilizó a generaciones enteras, expresándose en la política, el arte, la literatura y la cultura. Pero el significante “revolución” que denota el estudio de Rojas, adquiere tonalidades diversas, matices importantes dependiendo de contextos y debates y devela un peso heterogéneo en sus anclajes ideológicos visibles a partir de donde se le mire.

El estudio de Rojas avanza desde distintos vectores. Encontramos superpuestas explicaciones de corte intelectual, conceptual y social, al momento de desentrañar los significados de la palabra revolución para el continente. Abarca, desde los albores del siglo XX con la independencia de Cuba y su herencia

republicana, y concluye con la nicaragüense, como el último gran momento de mestización de los discursos nacionalistas y socialistas en un enclave signado por la crisis generalizada, asociada al fin de un modelo de desarrollo del capitalismo global.

En el centro de la investigación se encuentran tanto las ideas como las prácticas de la revolución, enmarcadas en el cuadro general del despliegue de las contradicciones globales y del diálogo entre tradiciones políticas, tanto de cuño específicamente latinoamericano (aunque estas a su vez eran herencia de otros diálogos durante el siglo XIX) y de corte marxista-socialista. El panorama que observamos, con Rojas, es el de una diversidad de manifestaciones, una mixtura de corrientes y el eclipse de trayectorias otrora dominantes. La revolución es un campo estriado, o, un árbol con ramificaciones tan diversas como profundas son sus raíces.

El trabajo que ahora reseñamos realiza un primer despeje de la ecuación que significa la presencia de dos variables: la de la revuelta y la de la reforma, formas predominantes durante la hegemonía del liberalismo en el siglo XIX. Esta situación se quiebra con la aparición de la revolución mexicana, que tiene consigo el germen de un concepto de revolución anclado en la reforma agraria, la soberanía nacional, la tensión Estado-iglesia, y la emergencia de derechos sociales en una clave corporativa. El desplazamiento de las últimas ideas liberales en clave revolucionaria contrasta con el uso tan común, en medio

de la disputa entre el “sovietismo” y las formas concretas de la política latinoamericana, de la figura de José Martí. Como sea, la presencia de nuevas veredas a partir de la incursión tercermundista tensiona la herencia liberal, nacionalista (y aún en la presencia descolonizante, frente al paradigma de pretensión universal entregado por la revolución de octubre de 1917). Es el escenario de dos vías, se tiene un ejemplo emblemático en la diferencia entre el “Che” Guevara versus la palestra del Estado soviético.

Sin embargo, ese panorama general es reconstruido a partir de las discusiones y numerosas intervenciones de personajes centrales en el florido panteón revolucionario latinoamericano. Haya de la Torre y Julio Antonio Mella expresan en sus discusiones la tensión de un sendero que se bifurca al responder tanto a la especificidad continental, como a la recepción jubilosa del universalismo de la revolución rusa. En ambas, sin embargo, ya se denota una izquierda latinoamericana que se inscribe en la dinámica anticolonial como matriz definitoria de su programa. Esto, sin embargo, no impide el choque de trenes, al calor de las discusiones iniciales del “Tercer periodo”, diseñado por la Internacional Comunista al final de la década de 1920. Antes bien, es el primer round de una trifulca que tendrá como contendientes a las izquierdas comunistas y populistas y que perdurará en el tiempo dependiendo del espacio, los liderazgos y las contradicciones sociales.

El itinerario trazado por Rojas tiene en José Carlos Mariátegui una figura central. La lectura política que el peruano hace del acontecimiento revolucionario mexicano le resulta importante, en la medida en que aventura una disrupción dentro del canon comunista. Lo “feudal” aparece en el peruano como el elemento que habilita la legitimidad de la revolución, al tiempo que escapa del eurocentrismo ideológico de la época, al negar al positivismo y a la teleología, colocándose por fuera del tiempo político que acarrearba una escasa fortaleza de las fuerzas productivas técnicas.

El cambio de década también trae una movilización geográfica. La revolución aparece entonces en Nicaragua, El Salvador y Cuba auspiciada bajo íconos como Augusto César Sandino, Miguel Mármol y Antonio Guiteras. Para Rojas, el caribeño es la intersección de todas las corrientes que cohabitaban la región al calor de la crisis liberal, la emergencia del comunismo y el periodo de entreguerras. Es el momento en que se introduce el socialismo, y se comienza a expandir una inspiración cardenista en la articulación entre Estado y revolución.

La aparición de la vertiente populista de la revolución mexicana coincidió con el surgimiento de liderazgos populistas por la región. Rojas señala la importancia de Almir de Andradre y Raúl Scalabrini Ortiz dentro de esta saga. Señala, también, la emergencia de un populismo cívico encabezado por Eliezer Gaytán y Gómez Hurtado en Colombia. Las variantes son

múltiples, pues vemos a civiles, militares y en general un aire “tercerista” que cuestiona la dominación oligárquica.

El punto medular de Rojas es lo generado a partir de la revolución cubana de 1959. Se denota una ruptura respecto al nacionalismo revolucionario que había tenido sus últimos momentos de predominio con la revolución guatemalteca y la revolución boliviana, ambas, en el mediano plazo, derrotadas. En la genealogía para el caso cubano el autor rastrea los vínculos en el ideario de Fidel Castro con respecto al liberalismo y al republicanismo, así como un debate con los marxistas más heterodoxos. Un punto sugerente en este segmento es que Rojas no ve el surgimiento de una teoría del campesinado revolucionario. Ni el guevarismo descolonizante ni el pro-sovietismo castrista habrían producido un puente entre el campesino y el socialismo agrario.

Los últimos dos casos son el de Salvador Allende en su breve periodo de gobierno y la triunfante revolución en Nicaragua en 1979 encabezada por una gran alianza política. Resulta sugerente que entre las coordenadas de reflexión ubica a Allende por fuera de lo que la academia norteamericana contemporánea se aferra a denominar “nueva izquierda”. Allende estaría más allá de esos marcos, lo cual explica la centralidad de socialistas y comunistas, que en el espectro chileno son la antítesis directa de cualquier renovación de la “New Left” que el *mainstream* de los estudios latinoamericanos anglosajones se esfuerzan en congelar



en sus monografías. En el caso del país centroamericano, Rojas demarca que, aunque esta era una revolución predominantemente guevarista en su forma, su contenido se parecía más al “allendismo”, lo cual explicaría, entre otras cosas, sus alianzas tan profundas con fuerzas como el PRI mexicano o su renuncia a replicar un modelo que anulase la participación electoral.

El texto tiene una gran valía, pues posiciona los debates, las corrientes y los procesos de confusión, negociación y retirada de perspectivas. Rojas es un investigador consolidado en el campo de la historia de las ideas, los conceptos y de determinadas trayectorias al interior de la mayor de las Antillas. Referirse a Cuba es referirse a la revolución y al lugar que se asume frente a ese proceso; Rojas, polémico, lo hace. El riesgo de una apuesta como la que realizó en este libro es, al mismo tiempo, su mayor fortaleza: una visión de conjunto. En ese sentido se puede decir que el propósito de entregar una imagen del árbol y algunas de sus ramificaciones es satisfactorio. Por supuesto, cada una de esas derivaciones podría ser asediada desde una diversidad de posibilidades, como lo es la mestización entre corrientes, las rupturas internas o los desplazamientos. O bien, de las reapariciones de corrientes que parecían sumergidas o soterradas. La derrota nunca es definitiva. Quizá la metáfora del árbol sea la más adecuada para la revolución latinoamericana, pues como parecen demostrar los trabajos de un Enzo Traverso para el caso europeo, la melancolía de izquierdas apuntala la experiencia de

un contingente que ya no encuentra resguardo en la sombra de la ideología comunista; en tanto que, las vertientes nacional-populares, mucho más proclives en el contexto latinoamericano, parecen encontrarse permanentemente en un ciclo de renacimiento y sequía. Breves e intensas primaveras, otoños de mediana duración así como largos y pesados inviernos.

La lógica neoliberal que siguió al periodo tratado en el libro, aspiró a arrasar, en su modalidad de capitalismo violento, mercantilizante y en clave de despojo, al árbol y todos sus retoños. Quedará para saber si esto aconteció, es decir, si fue arrancado desde la raíz profunda o si, por el contrario, las versiones contemporáneas del *soberanismo* –socialista o populista– deben ser comprendidas como herederas de esa trayectoria.

Jaime Ortega  
Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco  
Coyoacán, México  
orcid.org/0000-0002-8582-1216